EL BARBERO Y EL SUPERHOMBRE

ARISTAS martinez

12 de septiembre de 2001

Soy el barbero de un Superhombre. Durante décadas, he afeitado miles de veces el mentón de un ser que dedicó su vida a la humanidad y que, sin embargo, no es humano. Un ser atormentado, arrollado por el poder supremo que acumula; un hombre quebrado, obligado al ostracismo de una máscara, que camina con su nombre y vuela con el de otro.

Yo, un inmigrante, un humilde barbero del Bronx, poseo el grandísimo honor de ser el único habitante de la Tierra que ha conocido de veras a ese Superhombre; el único a quien se le desvelaron esas dos personas que habitan en un cuerpo. Que lo ha visto llorar. Lo ha oído maldecir y arrepentirse. Y bramar de amor, y de celos, y de miedo, incluso. Yo he contemplado a ese Superhombre tambalearse, arrastrarse en el lodo de la locura, confesando que él no deseaba ser dos, que solo quería ser uno, que lo que él anhelaba de veras era ser Clark, a secas. Y lo fue durante casi veinte años, en los que pudo vivir como cualquier otro ciudadano. Satisfecho siendo un periodista, y nada más.

Pero esa felicidad se le truncó el día de ayer. Ustedes no pudieron verlo, pero yo sí; este es mi don y mi condena. Contemplé de nuevo su silueta, su roja capa al viento, con los brazos en jarras, vigilante sobre las ruinas humeantes del World Trade Center; entonces supe que el desafortunado Superhombre había vuelto, y que su más terrible lucha volvería a ser contra sí mismo.

Libro primero

Derecho de nacimiento

15 de febrero de 1943

Clark se miró al espejo. Se acababa de cortar el cabello, él mismo. No podía ser, con aquel aspecto era imposible que lo aceptaran como redactor en un diario. Observó su barba, larga y desaliñada, que casi le llegaba al pecho. Se pasó la mano por la barbilla, recogiendo con el puño cerrado la abundante pelambrera morena. El cabello, aunque recién cortado, tampoco era el más adecuado para solicitar trabajo: parecía segado a machetazos y mordiscos; en el cuero cabelludo se transparentaban algunas cicatrices, como pequeñas bocas de pez que ocupaban todo su cráneo.

Había desarrollado el vello facial con la veintena bien avanzada, y acababa de cumplir los veintidós. Esa tardanza le había ahorrado muchos problemas, o por lo menos los había pospuesto. En Kansas, y también durante sus años en la universidad, era su padre quien le arreglaba el cabello. Lo hacía con una podadora de árbol, que utilizaba a dos manos. Cuando Martha, su madre, pasaba cerca del granero y escuchaba aquel ruido metálico, idéntico al que haría un duelo de espadachines, entonces sabía que Jonathan ya estaba cortando el cabello del pequeño. El esfuerzo era inmenso, pero el padre terminó por coger práctica, y desde los cinco años Clark lució un perfecto corte al estilo militar.

Con su llegada a la ciudad, sin embargo, Clark decidió que debía alcanzar la autonomía en esos asuntos. Fabricó unas tijeras y una navaja con sus propias manos, hechas a partir de una aleación de acero con alto contenido en carbono y unas trazas de criptonita. El filo de la navaja debía ser tan fino para segar sus hercúleos pelos, que con demasiada facilidad también le atravesaba la piel. Sus primeros intentos de afeitado habían acabado de manera desastrosa, con toda la barbilla llena de tajos y la camisa moteada de sangre. Así que había decidido rendirse, y dar vía libre a la barba. Al ocuparse del cabello la cosa no iba mucho mejor, apenas

conseguía verse la nuca con el juego de dos espejos, y terminaba cortando a ciegas.

Recogió con cuidado las tijeras de criptonita y las guardó junto a la navaja en un cofre de acero, de interior aterciopelado. El cofre, cerrado bajo llave, lo colocó donde siempre: bajo el sofá. No es que pretendiera esconderlo, la realidad era que no disponía de más espacio libre en la casa. A menudo razonaba que vivía en la mitad de metros cuadrados que los cerdos en Kansas. El piso, en un bloque centenario, consistía en una sola estancia con un diminuto ventanuco. Clark dormía en el sofá; revisaba los periódicos en busca de ofertas de trabajo, escribía, leía, cocinaba con un fogón de gas y comía, todo, en una única mesa; fregaba y guardaba los utensilios de la cocina en el mismo fregadero donde se lavaba los dientes y la cara; sobre la pica tenía dispuesto un espejo oval, que utilizó hasta ese día como ayuda para mal cortarse el cabello. También poseía una vieja radio de mano, dos trajes, un par de zapatos buenos, una baraja de póker, una botella de bourbon medio llena y siete vacías, una fotografía con Jonathan y Martha, noventa y ocho libros, un diccionario, una docena de revistas eróticas, algunos blocs y una cámara de fotos; todo lo guardaba en un pequeño armario sin puertas, donde no quedaba espacio para su cofre de acero. Ni siquiera disponía de lavabo propio. Los baños eran comunitarios, se encontraban en una galería abierta. Con su economía de recién licenciado, hijo de granjeros, no podía permitirse otra cosa. Había conseguido un puesto como cargador en el puerto, pero el sueldo apenas le alcanzaba para comer. De hecho, ese era el piso más barato que había encontrado, ubicado en el marginal Lower East Side.

Recogió los pelos caídos sobre el fregadero. Los tiró en una caja que había junto a la puerta. La caja estaba llena de desperdicios, que crujieron bajo el peso de los cabellos. Se puso los pantalones

del trabajo y una camiseta amarillenta sin mangas, que mostraba dos manchas de semen seco a la altura del abdomen. Después se calzó las alpargatas que utilizaba para faenar en el puerto. Al atarse los cordones pensó que él podía disponer de todo el dinero de América, de todo el dinero del mundo, pero rápidamente alejó ese pensamiento de la mente. Cargó la caja de basura entre sus brazos inmensos y salió de casa. Bajó las cinco plantas andando; el ascensor se había estropeado décadas atrás, quedándose quieto y con las puertas abiertas entre los pisos dos y tres. Clark dejó la caja en la calle, a los pies de una farola, junto a una pila de desperdicios que nadie recogía desde hacía varias semanas. Oyó, entre otros tantos ruidos, el ladrido simultáneo de diecinueve perros, uno de ellos el caniche de su vecina Claudia; distinguió la bronca severa de ocho matrimonios; también a tres personas emitiendo un grito parecido a un auxilio; dos orgasmos. Se sacudió las manos, miró a un lado y a otro de la calle: no había nadie, solo coches aparcados, vacíos y oscuros. Eran las dos de la madrugada. Volvió a subir, con las manos metidas en los bolsillos. En cada rellano había cuatro puertas; algunas de ellas estaban abiertas de par en par, y del interior surgían voces que hablaban lenguas dispares.

Cuando llegó a la quinta planta, a su espalda, se abrió una puerta. Clark se giró. Salió Claudia, con su caniche entre los brazos. Claudia era transexual, de unos cuarenta años. Clark nunca averiguó si era una mujer de nacimiento que deseaba ser hombre, o si se trataba justo del caso contrario. Yo tampoco lo supe nunca. La realidad era que Claudia vestía trajes masculinos, pero no lo suficientemente masculinos para conseguir disimular sus dos pechos, de apariencia postiza. Además siempre llevaba un largo bigote, al estilo de Fu Manchú; la línea de los ojos perfilada de negro; y una dorada melena rizada que bien podía confundirse con una peluca, pero que no lo era. Su cuerpo era ancho, y su voz grave y algo rota.

—Buenas noches. Voy a sacar a pasear a Totó, que tiene insomnio —dijo Claudia.

El joven no se relacionaba demasiado con sus vecinos. A Claudia la había conocido durante el traslado, pero no habían intercambiado más que cuatro fórmulas de cortesía.

—Bu-bu-buenas no-noches —contestó Clark, paralizado, buscando la manera de decir lo que debía decir—. Eh... ¿Me per-per-permite una pregu-gunta?

—Sí, claro. Calla Totó, él es amigo.

—¿Usted co-co-noce algún barbe-bero de confianza? —Clark se señaló la barba y el pelo—. Ya ve có-cómo voy. Espero no ofenderla.

Claudia rio a carcajadas; el caniche, entre sus brazos, emitió un aullido agudo, con la cabeza alzada hacia al techo y mirando de reojo a la dueña. Clark notó que su oreja derecha ardía, y su axila empezaba a empaparse de sudor. Cuando Claudia paró la risa, el perro detuvo su aullido.

—Calla Totó, ya está bien de reírse de este guapo muchacho. Pues sí, la verdad es que conozco a un magnífico barbero. El problema es que tiene la barbería en el Bronx, y queda un poco lejos.

—Eso no es pro-pro-blema.

—Pues espera —Claudia entró de nuevo a casa, y un par de minutos más tarde salió con un papel entre las manos, que le entregó a Clark—. Esta es su dirección; si quieres, puedes decirle que vas de mi parte, igual te hace un descuento.

—Mu-mu-muchas gracias, señora.

—Mejor señorito. Y de nada, caballero.

Ya en su piso, leyó la nota:

"Barbería Aguiló, número 779. E 149 st con Tinton Ave".

La mañana siguiente, Clark visitó la barbería. El establecimiento se encuentra en el bajo de un bloque de seis pisos, construido en ladrillo rojo. La fachada de todo el edificio queda cuadriculada por ventanas rectangulares, altas y estrechas; como viñetas en la página de un tebeo. No hay un solo balcón, tan solo la metálica escalera de incendios, donde la gente antes tendía las sábanas y los calzones. El edificio se ha conservado igual a lo largo de estas décadas; muchos de sus vecinos son los mismos, o los hijos de aquellos. Solo han variado unas pocas cosas. La mañana en que llegó Clark, por ejemplo, la barbería ocupaba el número 779; tras un cambio de numeración, a mediados de los años ochenta se convirtió en el actual 810. El local de su izquierda ahora está ocupado por un restaurante mexicano, en 1943 había una zapatería. La floristería de la derecha cambió de dueños, pero conservó el negocio. Además, en aquel febrero, sobre el escaparate de la barbería y a modo de advertencia publicitaria, aún exhibía el típico cilindro giratorio de nuestro gremio, pintado de blanco, rojo y azul. Clark, desde la acera vecina, observó el símbolo. De alguna manera, se sintió atraído por el sinuoso baile del azul y rojo del reclamo, y esto le resultó un signo esperanzador.

Sentados en la acera, frente a la peluquería, había un grupo de muchachos puertorriqueños, que pasaban allí las horas. Fumaban hachís, esperaban a que les creciera la barba o el cabello, entraban en la barbería y volvían a salir para seguir fumando. Clark pasó junto a ellos, y todos se quedaron mirándolo, preguntándose qué demonios hacía un blanco como aquel, corpulento, vestido de traje y corbata, con sombrero y barba de náufrago, paseando por sus calles. Uno de ellos le silbó:

—Oye, ojos azules. ¿No querrás compañía?

—Eh. No, no, gra-gra-gracias.

Entró en la barbería, silenciando la burla de los chavales al cerrar la puerta. El cartel de abierto, que colgaba del vidrio, se balanceó con el portazo. El local mide unos quince metros

cuadrados. Dos espejos, uno en cada pared, confrontados entre ellos, se devuelven la imagen y multiplican el espacio. Frente al espejo de la pared oeste hay una silla de madera y esparto; junto al otro espejo, está el butacón de afeitado. Al fondo hay un armario-librería, con puertas de cristal, donde guardo todos mis libros a disposición de los clientes. Cerca de esa librería está la caja registradora, colocada sobre una mesita de noche. Las baldosas del suelo son negras y blancas, dispuestas como un tablero de ajedrez; a menudo las baldosas blancas quedan tiznadas con mechones de cabellos morenos, que barro una vez por semana. En el techo suele girar, también en invierno, un ventilador de aspas; su ritmo es tan lento que siempre parece a punto de detenerse. Entre estas paredes y muebles me encontró Clark aquel febrero de 1943.

Cuando llegó, yo estaba terminando de afeitar a Stockley, un inmenso negro jubilado, que se presentaba cada día contando algún nuevo romance de su juventud, mientras yo le pasaba la navaja por su barbilla de ébano. El joven de Kansas se quedó parado junto a la puerta, con su caja bajo el brazo, sin abrir la boca. Al verlo, lo primero que pensé fue que aquel era el primer estadounidense descendiente de colonos que pisaba mi local. Le dije que se sentara en la silla libre. En silencio me obedeció. Se sentó de cara al espejo. Creyendo que yo no lo advertía espió mis gestos, cada movimiento que hacía, cada palabra, cada asentimiento a la tórrida historia que rememoraba Stockley. El anciano describía milimétricamente sus remotas relaciones sexuales, incluyendo sin pudor detalles anatómicos propios de revistas pornográficas. Él, mientras tanto, seguía mudo, vigilando mis ojos, con el sombrero y la caja de acero apoyados sobre sus muslos. No atendió a una sola palabra dicha por el negro.

Al marcharse el anciano, quedándonos Clark y yo solos, me senté en la butaca de afeitado. Giré el asiento 180 grados para

quedarme frente a él. Pero continuó dándome la espalda, de cara al espejo. Sobre el respaldo de la silla asomaban unos hombros anchísimos y una nuca llena de trasquilones. Coincidimos la mirada en el espejo. Conversamos así, a través de nuestras imágenes. Me sentí flaco, pálido y enfermizo al compartir reflejo con aquel hombre. Su tartamudez no logró ocultar la médula divina que rápidamente le intuí.

—Pues usted dirá —dije.

—...

—Afeitado, ¿tal vez?

—M-me en-enviví-a Cla-claudia.

—¿Claudia?

—Sí. Un. U-u-na mu-mujer que-que vi-vive en el Lower. Con bibigote la-largo.

—Ah. Ostras. Claudia. Claro. Entonces, puedes considerarte amigo mío. Desde ya.

—Mu-mu-muchas gracias.

Bajó la mirada. Estuvo unos instantes en silencio. El aire de la barbería se removía lentamente con el ventilador del techo. Pasados esos segundos, Clark arrastró su silla encarándome. Sobre su falda sostenía el cofre abierto. Dentro, encajadas en un molde de terciopelo, estaban la navaja y las tijeras que él mismo había fabricado. El metal de sus filos producía repentinos destellos esmeralda.

—Le ru-ruego que-que me arre-rregle con esto-tos instru-tru-tru-mentos.

—¿Cómo dice?

—Que mme arre-rregle con esto-tos instru-tru-tru-mentos. Es u-una supersti-tición. De-de-debe tener mu-mucho cuidadado.

—Sin problema. Todo el cuidado del mundo. Estás en buenas manos, hasta la fecha solo he cercenado unas seis docenas de

orejas. Nunca las dos al mismo hombre —lo dije serio. Clark no pareció advertir el chiste, así que continué hablando—. A cambio, te ruego que me tutees.

—De-de acuerdo.

—Así que conoces a Claudia.

Él afirmó brevemente con la cabeza, talando cualquier posibilidad de conversación. Casi dos años después fue cuando me confesó el verdadero origen de aquel instrumental de barbería, me desveló que él era un extraterrestre y me narró sus demás circunstancias vitales. Pero tardaría un tiempo en alcanzar esa confianza, que jamás ha trabado con otra persona. El primer día, de hecho, apenas volvió a emitir palabra alguna. Yo era tan solo dos años mayor, pero su timidez me pareció la de un principiante en manos de una prostituta madura. Presumiendo su silencio, le ofrecí el periódico, que aceptó con una sonrisa espléndida. Era el Medley Planet del día anterior. Coloqué la caja de Clark sobre una mesita auxiliar. Extraje las tijeras, que eran asombrosamente pesadas. Remojé la barba y el cabello. Los pelos eran duros como alambres, de un moreno azulado que nunca antes había visto. Le pasé la mano sobre el cabello, observando sus asimetrías.

—Poco podré hacer con el pelo. Te lo repasaré un poco, y deberemos esperar a que crezca más.

No respondió. Estaba inmerso en la lectura del periódico, hacía varios días que no tenía acceso a uno. Su pobreza era tan extrema que ni siquiera podía comprarse el diario, o pagarse un café en algún bar con prensa para sus clientes. Solo leía los viejos ejemplares que encontraba en la basura. Clark deseaba ser periodista. Ser testigo de los acontecimientos humanos, y narrarlos. Documentar nuestros éxitos, nuestros dramas. Trazar en crónicas literarias la miríada de nuestros actos terrestres.

Primero le recorté la barba, dejándola adecuada para pasar la navaja. Los pelos caían como minúsculas vigas de acero. Un

mechón cayó directo al suelo, agrietando una de las baldosas blancas. Mientras, Clark pasaba las hojas del periódico con cuidado, dedicando varios minutos a cada plana. Observaba las fotos, la mayoría eran de soldados en el frente del océano Pacífico. Le enjaboné la barbilla. La navaja se desplazó suavemente por su rostro, segando el vello facial con una finura perfecta. Paré el afeitado para observar atentamente el instrumento. El metal volvió a desprender aquellos destellos verdosos que antes había advertido. Clark no descubrió mi asombro. Volví a deslizar el filo esmeralda por su piel. Su mandíbula angulosa era de proporciones exactas, como el modelo primigenio que el resto de mandíbulas humanas se limitan a caricaturizar. Si puedo realizar un afeitado en cinco minutos, aquel lo alargué durante media hora. El único sonido del lugar lo producían las páginas del diario al ser pasadas. Por fin terminé. Limpié la cuchilla y la sequé con mi delantal. Guardé la navaja en el cofre, junto a las tijeras.

—Pues ya hemos acabado —dije en un susurro.

Pero él continuaba cautivado por la prensa. Leía la última de las páginas, encabezada con el siguiente titular: "EL JOVEN DE 17 AÑOS CONDECORADO CON EL PREMIO NOBEL SE DEFIENDE DE LAS ACUSACIONES PÚBLICAS". La noticia ocupaba media plana. En el centro de la página se incluía la fotografía del protagonista de la crónica. Se fijó en el rostro de aquel muchacho, retratado tras un escritorio, vestido de traje, con una carnal sonrisa, absolutamente calvo y grandes gafas de pasta, tras las cuales, unos ojos negros miraban retadoramente la cámara fotográfica. Entrecomillada, se destacaba una de sus declaraciones: "Quiero utilizar la medicina para dilucidar que en toda la historia de la ciencia nunca se ha tratado de la *verdad,* sino de salud, porvenir, crecimiento, poder, vida...".

Los ojos azules de Clark miraban fijamente los ojos negros del muchacho retratado. Fue imposible advertir que aquel duelo de miradas era profético. Una suerte de punto de partida, un

primer encuentro invisible. Sus vidas volverían a cruzarse diez años después, y esa segunda vez sería de forma definitiva: sus dos trayectorias quedarían trenzadas para siempre. Protagonistas de una batalla constante que duraría décadas.

Un científico iba a ser su némesis absoluta y vital; sin embargo, esa mañana de febrero, Clark no podía saberlo, con lo que cerró el diario sin más, en paz.

Contempló en el espejo su rostro recién afeitado, y sonrió.

Medley Planet

Lunes, 15 de febrero de 1943

El joven de 17 años condecorado con el Premio Nobel se defiende de las acusaciones públicas

Michel Foucault no esquiva la polémica, y arremete contra cada uno de sus detractores

P. Arnier (París). Desde que el pasado mes de octubre el científico francés Michel Foucault recibiera el Premio Nobel de Medicina, con tan solo 17 años de edad, por sus aportaciones en el campo de la semiótica, han sido muchos los intelectuales del mundo de la cultura, el arte y la ciencia que han realizado muestras públicas de descrédito hacia el galardonado.

A todos sorprendió la juventud del premiado. No existiendo ningún antecedente parecido en la historia del Nobel. Pero los ataques, lejos de ir referidos a la edad de Foucault, coinciden en señalar los peligros que comportan los hallazgos técnicos del científico francés, centrados en la correspondencia entre el "cerebro-el sentido-la máquina-y la cosa". Al respecto, el filósofo Karl Popper, el pasado mes de noviembre, dijo: "El entendimiento del mundo pasa por ser una prenda frágil. Ese inconsciente y consentido francés está fabricando unas tijeras con las que hacer jirones nuestras verdades". Por su parte, el

existencialista Jean-Paul Sartre escribió: “Michel Foucault es la última barrera desesperada que intenta alzar la burguesía contra el avance proletario”.

Foto: J. Olsen

“Quiero utilizar la medicina para dilucidar que en toda la historia de la ciencia nunca se ha tratado de la *verdad,* sino de salud, porvenir, crecimiento, poder, vida...”.

Michel Foucault

En la televisión pública francesa, el joven galardonado se refirió ayer a dichas acusaciones, sin esquivar en ningún momento la confrontación. Asumió el riesgo de su proyecto, pero añadió: “Esos viejos dioses tienen claustrofobia, pero ya no saldrán de sus tumbas. No me preocupan. Como no tendría que preocuparse el proletariado si yo fuera la última barrera contra su avance; de hecho, ojalá así fuera”. Anunció, además, que invertiría el dinero recibido en la construcción de la infraestructura necesaria para llevar a cabo sus trabajos de investigación.

Datos biográficos

"1926. Paul-Michel Foucault nace en Poitiers. Su familia pertenece a la burguesía acomodada. Su padre es cirujano y enseña en la escuela de medicina local; su madre maneja las finanzas del marido y lo ayuda a administrar el ejercicio de su profesión. Tiene dos hermanos, uno mayor y otro menor que él.

1936-1945. El escolar Foucault es un joven esmirriado y miope con el sobrenombre de "Polichinela". Aunque a todas luces brillante, nunca se destaca; por ejemplo, en su materia favorita, Historia, termina en segundo lugar.

1945. Se prepara para un segundo intento de ingreso en la Ecole Normale Supérieure (ENS) de París y consigue la plaza. Decide llamarse solo Michel (abandona Paul, su primer nombre, igual al de su padre). Se niega a proseguir la tradición familiar y dedicarse a la medicina.

1946-1951. Estudia en la Ecole Normale Supérieure con una gran cantidad de incidentes. Su capacidad intelectual comienza a atraer la atención de personalidades rectoras de la ENS que discuten sus ideas con él. Su creciente seguridad intelectual va de la mano de su autoconocimiento emocional, lo que redunda en la aceptación de su homosexualidad; la violencia de su carácter es asumida en papeles sadomasoquistas.

1948. Obtiene su *license* en Filosofía en la Sorbonne y al año siguiente la de Psicología".

Michel Foucault (1926-1984) El pensamiento en acción, Mario Galero

1 de marzo de 1943

El edificio del Medley Planet, el rascacielos más alto del Upper East Side, estaba coronado con una gran escultura de bronce que recreaba el popular logo del diario. La inmensa esfera terrestre, anclada en su azotea, alcanzaba los treinta y ocho metros en su perímetro ecuatorial. El peso total de las doce letras que rodeaban la esfera era de unas 71 toneladas. Las eles eran las más ligeras, con 6500 quilogramos cada una; pero la "M" llegaba a los 8100. Esa mañana, entre las letras se perfilaba una silueta humana. Alguien que, encaramado al arco de la "P", se asomaba al asfalto de la Quinta Avenida.

La gente se paró en las aceras, alzando la vista, señalando aquel cuerpo minúsculo sobre el rascacielos. "¿Qué es eso de ahí arriba? ¿Un hombre?", decían. Eran cerca de las siete de la mañana, los reporteros del Medley Planet acudían a su lugar de trabajo. Según llegaban, se iban encontrando con la multitud creciente oteando hacia lo alto de sus oficinas. Un par de fotógrafos de la redacción competían por lograr la mejor instantánea del presunto suicida. Lois Lane, reportera del diario, no se quedó parada mirando, sino que corrió en busca del ascensor. La pequeña silueta se acercó al filo de la "P".

Desde el cielo, aquella conglomeración de curiosos no resultaba muy distinta a un enjambre de hormigas. El muchacho que había coronado el edificio era un joven militar de 21 años, llamado Henry Morrison. Tres días antes, Henry había recibido una carta donde lo llamaban a filas: había sido destinado a la base militar de Pearl Harbor. La noticia le resultó una fatalidad.

Su propio padre se encontraba ejerciendo como capitán de fragata en Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, día del sangriento ataque japonés contra la base. El veterano capitán John

Morrison fue alcanzado por la metralla de un avión kamikaze estrellado contra el portaviones que él dirigía. El barco se hundió en pocos minutos, pero el hombre sobrevivió. Regresó a su país con honores de héroe y con medio cuerpo muerto. Su ojo izquierdo había sido sustituido por uno de vidrio; se le reventó sin remedio el tímpano izquierdo; también perdió en un desgarro el pezón, con lo que al pezón derecho ahora le correspondía en simetría una cicatriz en forma de vagina anciana; su riñón izquierdo ya no le servía ni para filtrar un dedal de agua diario; el escroto quedó reducido a la mitad, como un colgajo, con un solo testículo; además, sus extremidades izquierdas fueron cercenadas a la altura del codo y de la ingle respectivamente.

El capitán Morrison regresó de la guerra en silla de ruedas, con el asa de una pequeña maleta sujeta en la boca. Al inexperto marino Henry, aquella visión le resultó de una clarividencia asquerosa. Se contuvo las lágrimas hasta la noche. Ya en la intimidad de su dormitorio lloró contra la almohada. La causa de su tristeza no radicaba tanto en el presente de su padre como en el temor por su propio futuro. John Morrison, en cambio, pese a haberse dejado medio cuerpo en la guerra, conservaba su espíritu bélico intacto. Mientras su hijo le curaba las heridas de los muñones, que al muchacho le parecían tiernos ombligos gigantes, John lo instaba a presentarse voluntario para acudir al frente.

Henry esquivó aterrorizado estas invitaciones, hasta el día en que recibió la carta de llamada a filas. Cuando abrió el sobre, él no vio un texto burocrático, sino sus propios miembros cercenados. Un solo pensamiento le vino a la cabeza entonces. Una idea que empezó a zigzaguear dentro del cerebro de Henry: "Me gusta ser simétrico. Me gusta ser simétrico. Necesito ser simétrico". Con ese serpenteante estribillo se coló en el Medley Planet, subió a su azotea, se encaramó a una de las letras de bronce y se quedó plantado mirando el abismo.

Observaba el lejano asfalto y pensaba: "Me gusta la simetría".

En el momento en que Lois Lane cruzaba la puerta que daba acceso a la azotea, Clark Kent abandonaba su puesto de trabajo como ayudante de operario en la planta impresora del Medley Planet. Un par de semanas atrás, sin barba y con el pelo algo más decente, se había presentado en las redacciones de los principales periódicos de la ciudad. El éxito fue relativo: lo llamaron del New York Post para ejercer como repartidor callejero y del Medley Planet ofreciéndole un puesto de ayudante de linotipista. Se decidió por este último al considerar que, estando más cerca de las oficinas, tendría alguna posibilidad de ascenso. Aquella mañana Clark salía con su mono azul de trabajo y sus manos tiznadas de grasa negra. Siempre le quedaba grasa bajo las uñas, y esto le molestaba especialmente. Se estaba limpiando las uñas, ya en la calle, cuando advirtió que una multitud se agrupaba en la acera. Se unió a estos y miró al cielo. Allí vio al joven, que en ese momento parecía conversar con alguien.

Lois Lane llevaba una libreta y un bolígrafo en las manos, se acercó al chico lentamente, y llamó su atención:

—Oye. No tienes por qué hacerlo.

—Quiero tener dos brazos y dos piernas —dijo Henry.

—Claro, hijo. Todos queremos. ¿Cómo te llamas?

—Morrison. Henry Morrison.

Lois apuntó el dato en su bloc.

—Eso. Apúntalo. Todo el mundo lo tiene que saber. Henry Morrison tiene dos brazos y dos piernas y quiere seguir teniéndolos. Apunta también lo que me gusta la simetría.

—En realidad, no acabo de entender lo que quieres decir. Pero debo decirte que cierta asimetría resulta muy atractiva en los hombres.

—Eso lo dices porque no viste a mi padre.

—De verdad que no acabo de comprenderte. Pero si vienes y me acompañas a mi despacho, lo podemos hablar, y saldrá todo claramente publicado, en portada. Seguro.

—Es muy fácil lo que quiero: dejar el ejército. Y ya está.

—Pero... Eso... Bueno... Lo hablaremos. Ahí abajo, Henry.

—Nunca. Jamás. Nadie se libra del reclamo del ejército.

—Sí, bueno, puede ser, lo que...

—¡Ves! No hay nada que hablar. Estoy perdido. Yo solo quiero mis dos manos y mis dos piernas y mis dos ojos y mis dos testículos. ¡Me gusta ser simétricoooo!

Entonces saltó. Su caída continuó silenciosa y lenta. El cuerpo cayente quedó bocabajo. Henry, en calma, se miraba las manos mientras se desplazaba a cien quilómetros por hora. Lois ahogó un grito. La multitud de la calle se quedó muda. Alguien murmuró: "Dios".

Clark fue atravesado por un relámpago inaudito. Le estalló un sol en el pecho y sin razonarlo alzó el vuelo a toda velocidad. Lo hizo con tal rapidez que la gente de su alrededor, absorta en la sublime caída de Henry, no advirtió su marcha. En un solo instante se encontraba a la altura del suicida. El muchacho continuaba bocabajo contemplando sus propias manos. Lloraba, y las lágrimas se quedaban atrás en el cielo. De repente, Clark lo cogió entre sus brazos, voló con él hasta un descampado de Central Park, lo dejó ahí de pie y huyó con la misma celeridad sobrehumana. Todo sucedió en pocos segundos. Los que presenciaron el acontecimiento tan solo pudieron observar una forma borrosa de color azul que surcaba el aire y hacía desaparecer al muchacho suicida a la altura del decimoctavo piso del Medley Planet. Henry se quedó solo, en medio del descampado. Estuvo allí una media hora, silencioso, mirándose ambas manos, hasta que una pareja de policías lo encontró.

Tras dejar a Henry Morrison sobre la hierba del parque, Clark voló directamente hasta la granja de sus padres. Tardó un minuto y treinta y nueve segundos en recorrer los 2093 quilómetros de distancia. El joven, con sus botas de cuero y el mono azul de trabajo, se quedó de pie en el centro de un campo de maíz recién segado. Lejos, a la altura del horizonte, estaban la vivienda, los almacenes y los establos. Sus padres no eran dueños de todo aquello, simplemente trabajaban como arrendatarios, desde hacía cuarenta y cuatro años. Caminó lentamente hacia la casa, frenando la respiración desbordada que lo tenía invadido desde el salto de aquel muchacho suicida. La sangre, que le había ardido como lava, empezaba a enfriarse de nuevo. Pasó junto al árbol viejo, del que aún colgaba el neumático de un tractor atado a una soga. En algún rincón de ese árbol, cerca de sus raíces, estaba cicatrizada en la madera la siguiente frase: "Soy un niño humano". Escupió a la tierra, extrañamente se le había acumulado mucha saliva durante el vuelo.

Jonathan y Martha se disponían a desayunar cuando Clark entró por la puerta de la cocina. En ese momento la mujer le recriminaba algo a su marido. Cuando vio aparecer a Clark, Martha calló y se abalanzó hacia él.

—¡Hijo mío! ¡Qué bueno verte por aquí!

No respondió. Su padre tampoco dijo nada.

—¿Quieres desayunar algo?

—Vale.

—¿Qué te pasa hijo? —preguntó la madre.

—¿Estás bien? —dijo Jonathan.

—Acabo de e-evitar la mu-muerte de un suicida, in-in-in-interceptándolo en el aire.

—¡¿Cómo?! —exclamó la madre—. Pero hijo... Si siempre hemos... —Jonathan posó su mano sobre la mano de Martha y ella interrumpió en seco sus palabras.

Los tres se quedaron en silencio. Desayunaron con aparente normalidad. Los oídos de Clark se concentraron en el ruido líquido del café cayendo sobre su tazón vacío, en el breve golpe de la cafetera al apoyarse sobre la encimera de la cocina, en el crujir del pan tostado entre los dientes postizos de Jonathan, en el friegue de los pulmones con la pleura de su madre, en su propio cuchillo rozando el plato al cortar la loncha de tocino. Finalmente, su padre habló:

—Haz lo que tú veas. Ya eres mayorcito. Pero... Procura que no sepan quién eres.

—Entendemos que sabes lo que te haces... —quiso añadir Martha.

—Eso es lo que he dicho. Vigila, Clark. Vigila —dijo Jonathan malhumorado.

—Tu padre quiere decir...

—Creo que ya sabe qué quiero decir. Me parece que he sido suficientemente claro. ¿No, hijo?

—...

—¿Clark? —insistió Jonathan.

—Sí. Lo-lo sé.

Pasaron otro rato en silencio.

—¿Y por qué querría ese hombre...? Bueno, ¿quién era el suicida? —preguntó Martha.

—Eso no nos importa —interrumpió el padre alzando la voz—. Lo único que a nosotros nos importa es que nadie sepa que en realidad Clark no es nuestro hijo. Y se acabó.

—Pero sí es nuestro hijo.

—Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

El tono utilizado por Jonathan daba por concluida la conversación. El hombre se levantó y salió de casa. Clark y Martha lo vieron por la ventana alejarse, encorvado sobre las hebras amarillas del campo segado, hasta hacerse diminuto en el horizonte.

Cuando Henry saltó, Lois corrió hasta el borde de la azotea, dispuesta a observar con detalle cómo se estampaba aquel muchacho contra el suelo, y así poder narrarlo después. Llegó demasiado tarde: ya no había cuerpo cayendo. Después, gracias a los testigos, conoció lo que había pasado.

Poco después, a partir del nombre que tenía apuntado en su bloc, Lois localizó a la familia Morrison. Pasó con ellos dos mañanas enteras. El padre se mostró furioso y severo. Henry, temerosamente arrepentido. En su crónica, Lois describió las circunstancias físicas del capitán John Morrison. Dio testimonio de las motivaciones de Henry, el cual aún era incapaz de explicar lo ocurrido tras el salto, aquella mañana del 1 de marzo. El texto de Lois apoyaba tímidamente la cruzada del joven por esquivar las obligaciones militares, y la opinión pública se dividió entre detractores y defensores del muchacho. El debate no tuvo consecuencias: el séptimo día de ese mismo mes, Henry Morrison iba a bordo de un portaaviones rumbo al Pacífico.

La primera ofensiva en la que participó fue un año más tarde, en la batalla de Saipán. Tras dos días de bombardeo desde los buques de guerra, los marines tuvieron que desembarcar en las playas occidentales de la isla. El novato Morrison, sin cumplir las advertencias estratégicas, se encaminó por terreno no asentado, que resultó ser un campo de minas japonés, habitual en ese tipo de tácticas defensivas. Muy pronto, Henry Morrison saltó por los aires al activar una de las bombas subterráneas, los restos cayeron sobre una segunda mina, haciéndola estallar, y aún rebotó contra una tercera bomba. El cuerpo quedó fulminado. Tras la victoria, tan solo pudieron recuperar sus extremidades zurdas: la pierna completa con la bota aún calzada y el brazo cercenado a partir del codo.

A petición expresa de la familia, los restos fueron embalsamados. Se enviaron de vuelta a casa en un féretro de recién nacido.

John Morrison guardó el brazo y la pierna de su hijo en dos cúpulas de vidrio sobre la chimenea.

Clark caminaba con las manos en los bolsillos, aún vestido con el mono de trabajo, por las calles del Lower East Side. Solía perderse por la ciudad siempre que regresaba de Kansas; como para borrar tanto horizonte de allá con los rascacielos de aquí. Empezó a lloviznar. Se acarició la mejilla: al día siguiente debía pasar por la barbería. No necesitaba visitarme más de una vez por semana. Los edificios gigantes sobre su espalda parecían cerrarse y no dejar caer la lluvia. En la ciudad nunca llovía salvajemente, pensó. Le apetecía tomar una cerveza en algún bar, pero aún no era mediodía, además no iba con la ropa adecuada, y otro motivo se sumaba para no cumplir su deseo: estaba extrañamente cansado. Iría a casa, se recostaría en el sofá a leer y dormiría hasta las tres de la madrugada, hora en la que se levantaba para ir a los sótanos del Medley Planet a trabajar. Se cruzó con un negro gigante que caminaba por la acera sin camiseta. El pecho del negro se estaba empapando con la llovizna, pero al hombre no parecía preocuparle. En la puerta de un colegio se agolpaban madres e hijos, que salían de su jornada escolar. Casi todos los niños eran de familias forasteras: coreanos, algún italiano, hispanos. No llevaban paraguas, pero tampoco se mostraban molestos con la lluvia. Dos niños se disputaban una pelota de béisbol. Uno de ellos se hizo con la pelota e inició una carrera, precipitándose hacia un coche que circulaba a excesiva velocidad. La madre del niño lo agarró entonces del brazo, salvándolo del atropello. El crío protestó con lloros la intervención de su madre. En un primer momento, esta escena le evocó la disputa con su padre, después le hizo pensar en la intervención milagrosa que había protagonizado esa mañana; en el primer caso él se identificó con el niño censurado, y en el segundo, se supo la madre protectora.

Con estos pensamientos, Clark llegó a su calle. Vio a un ciego acompañado de una monja, cruzando por un paso de peatones. La monja se despidió del invidente al otro lado de la calle. El ciego se marchó contando pasos y rozando el suelo con el bastón. Ella, con un pequeño perro que se le trenzaba entre las piernas, se quedó parada frente al portal del edificio de Clark.

Clark pasó junto a la gruesa monja para entrar en su bloque, cuando la mujer le dio un toque breve en la espalda. Se giró. Era Claudia. Su rostro bigotudo enmarcado en aquella cofia religiosa lo desconcertó.

—¿Qué tal, vecino? —dijo la mujer sonriendo.

—Eh... B-b-b-b-b-bien. ¿Q-q-q-qué tal?

—Pues ya ves. Llegando de trabajar. —Se señaló las ropas, como justificando su afirmación. Entonces señaló el uniforme de Clark—: Parece que tú también.

—S-sí. A-ahora llego.

—Veo que visitaste a mi amigo Rogelio.

—¿C-co-cómo?

—La barbería.

—¡Ah! Sí. Mu-mu-chas gracias por la reco-co-comendación. —Clark procuró una sonrisa mientras se acariciaba el cráneo.

—De nada hombre. Siempre es reconfortante ayudar al prójimo. ¿No? —De repente Claudia reparó en el disfraz de monja que llevaba puesto—. ¡Pero claro, qué voy a decir yo!

La mujer empezó a carcajearse entonces, frente a algún tipo de ocurrencia humorística que Clark no logró descifrar. Ella continuaba allí, descoyuntándose de risa; el caniche daba saltos y aullaba, como celebrando la felicidad de su dueña. Mientras, sumido en el desconcierto, el joven afirmaba torpemente con la cabeza, esforzándose por reír un poco.

Medley Planet

Martes, 4 de marzo de 1943

La guerra de una familia en paz

El drama del marine Henry Morrison pudo acabar en tragedia

Lois Lane. El capitán John Morrison tiene 41 años, veintitrés de los cuales los dedicó al fiel servicio de la Armada Naval de los Estados Unidos de América. John fue una de las centenares de víctimas que el traicionero ataque japonés contra la base militar en Pearl Harbor, en el que el honor de nuestro país fue mancillado, causó entre nuestras filas. El capitán Morrison perdió el ojo izquierdo, el brazo, el bazo y también la pierna izquierda, y ahora vive con su familia, pero encarcelado en un eterno trono en forma de silla de ruedas. El pasado 28 de febrero, el hijo del capitán, Henry Morrison, fue reclamado para cumplir sus obligaciones militares, destinado a la guerra del Pacífico. El joven Henry, que apenas ha cumplido los 22 años, siempre había sido un muchacho valiente, ansioso de emular a su padre en la defensa de nuestra patria y nuestros valores de libertad. La ambición de Henry, cuando supo que su padre había sido condenado a una silla de ruedas de por vida, fue vengar aquel agravio lo más pronto posible. Pero sus reflexiones adquirieron una senda distinta con el paso de los días: ¿qué sería de su madre y de su padre si él fallecía en la guerra?

Ataque a Pearl Harbor, 1941, Biblioteca del Congreso, Washington

Cuando recibió la llamada a filas, Henry enloqueció fatalmente. Y el pobre muchacho, sin ser dueño de sus decisiones y de sus malos actos, intentó, sin éxito, quitarse la vida saltando desde lo alto de las oficinas desde donde está siendo redactada esta crónica. Aquella breve enajenación no terminó en tragedia gracias a algún tipo de milagro que aún no se ha logrado explicar, pero sirvió igual de advertencia: puso en boca de todos la situación de ese chico, que se debate entre acudir en la lucha de la justicia y la venganza a las costas del Pacífico, o quedarse junto a sus padres, para enfrentarse a la batalla diaria de amor que es el cuidado de su buen padre tullido.

The New York Times

Por NORIMITSU ONISHI

Publicación: 7 octubre, 2007

GINOWAN, Japon. Con 78 años y una salud delicada, el reverendo Shigeaki Kinjo ya no podía seguir callando lo que sucedió aquel fatídico día, hace sesenta y dos años, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando tuvo que matar a su madre, hermano y hermana. Los soldados del Ejército Imperial Japonés les habían lavado el cerebro, haciéndoles creer que las tropas estadounidenses victoriosas violaban a todas las mujeres del lugar y aplastaban a los hombres con sus tanques. El Sr. Kinjo y otros miembros de su pueblo, aquí en Okinawa, pensaron que el suicidio era su única opción. Una semana antes de que las tropas estadounidenses desembarcaran e iniciaran la batalla de Okinawa, en marzo de 1945, los soldados japoneses acampados en su pueblo les dieron a los hombres dos granadas de mano a cada uno, con instrucciones de lanzar una a los americanos y después quitarse la vida con la otra. [...]

"Mi hermano mayor y yo golpeamos hasta la muerte a la mujer que nos había dado a luz", dijo Kinjo en una entrevista en la Iglesia Central Naha, donde él es el ministro de alto rango. "Yo lloraba, por supuesto. Pero también golpeamos hasta la muerte a nuestro hermano y hermana menores". El Sr. Kinjo accedió a contar su historia porque el gobierno japonés está negando, en los nuevos libros de texto de secundaria, que los habitantes de Okinawa fueran coaccionados por las tropas imperiales para cometer suicidios en masa.

29 de julio de 1945

Muchos años después, cuando Superhombre tuvo que enfrentarse a unas biotecnologías de la carne —ideadas por el científico Michel Foucault— escultoras de los cuerpos de miles de ciudadanos disidentes, Clark recordaría la noche que asistió por primera vez al espectáculo de Claudia y el impacto que este le causó; como si el modesto número circense de su vecina hubiese contenido la semilla de todo el caos que estaba por llegar.

La mujer actuaba en el viejo sótano de una bodega ilegal del Lower East Side. Apenas media docena de espectadores atendían la representación aquella noche: dos mellizos octogenarios, vestidos de manera idéntica; una anciana de traje amarillo, diminuta, con el cabello canoso y apelmazado; y dos muchachos amantes que se habían pasado todo el espectáculo masturbándose con muy poca discreción.

Cuando el gramófono se detuvo, la gente se marchó en silencio al piso de arriba, donde les esperaba la barra del bar. Clark se quedó sentado, atónito ante lo que acababa de presenciar. Miró la hora, eran las tres y cuarenta y cinco de la noche. Debía darse prisa si quería llegar puntual al trabajo. Frente a la platea improvisada no había escenario; solo un micrófono de pie, un gramófono en el suelo y un biombo rojo y negro invadido por viejos adornos de cabaret. Claudia asomó la cabeza sobre la mampara. Al comprobar que Clark se había quedado solo, salió de su escondite, seguida de su pequeño perro, que le correteaba alrededor de las piernas.

—No soporto las impertinencias y exigencias de los admiradores tras el show —dijo riendo Claudia.

La mujer vestía el último atuendo utilizado durante la representación: un completo disfraz de estatua de la libertad. El vestido le dejaba el pecho izquierdo al descubierto: era una inmensa teta

con un diminuto pezón en el centro, cuya aureola parecía cosida a la piel.

—De verdad que me has alegrado la noche cuando te he visto llegar —dijo Claudia.

—Y-y-y-y-yaya ves tú.

—¡Pues sí! Con lo que me ha costado que te decidieras... Ves como aquí no nos comemos a nadie. Al menos a nadie que no quiera —dijo, guiñándole un ojo a su caniche—. ¿Verdad, Totó?

—...

—Clark, en una mueca silenciosa, se acariciaba la nuca con la mano derecha.

—Pero ¿qué te ha parecido? ¡Dime!

—Bubububueno, pupues didiffferente. La voz eeeera muy bo-bonita.

—Jajajaja. Pero no era yo, eh. Yo solo movía los labios.

—Lololo sé.

Ella seguía riendo a carcajadas, haciendo temblar su inmenso cuerpo. Clark, de alguna manera, había aprendido que en esas ocasiones Claudia no se reía de él, y ya no se incomodaba con aquel trueno de risa.

—Y-y-y-y-o es q-q-que no entititititendo mucho de a-a-arte en general. Y-y-y-y menos de este titipo, claro.

—¡Pero si aquí no hay arte ni nada que entender! De verdad. Esto solo es para pasar un rato agradable.

—Ah. Bububueno. Con los didisfraces y las cococoreografi-fías y tal, pensé que habibibibía algún mensaje o crítica qqqqque se me esca-ca-paba. —Clark sonrió.

—Qué va. El disfraz de tigre o el de monja, o este mismo, solo los uso para poder convertirme en otra persona sobre el escena-rio. Es aburrido ser siempre uno mismo, ¿no?

—N-no sé.

—¡Pues sí, ya te lo digo yo! Esos disfraces me hacen sentir más animal, o más puta... o más sexy. ¿Tú qué dices, Totó, está Claudia más buenorra con este vestido sí o no? —Y la mujer empezó a reír mientras el perro aullaba dando brincos alzado sobre sus patas traseras.

El joven volvió a mirar la hora.

—Me tttengo que ir a trababajar.

—Claro, guapísimo. Otro día lo hablamos con más calma y celebramos tu visita con unas cuantas absentas, que aquí las sirven riquísimas.

—E-e-e-eso está hecho.

—Vete que el periódico te necesita. ¡Qué haría esta ciudad sin tu Medley Planet! Sé lo que es eso. Créeme. Te lo dice toda una estatua de la libertad —dijo Claudia, sin un ápice aparente de ironía.

Salía de aquel local clandestino, ubicado en la esquina de Houston con Orchard, a las tres y cincuenta y dos de la madrugada. A las cuatro menos tres minutos llegaba al Medley Planet, en el Upper East Side, tres quilómetros al norte.

La primera labor de Clark consistía en subir a la redacción a recoger el borrador del periódico. El bosquejo original estaba compuesto por los artículos que los diferentes periodistas habían escrito durante el día anterior. Con el borrador bajo el brazo, se dirigía a la sala de máquinas, ubicada en los mismos cimientos del edificio, en un inmenso sótano sin ventanas, iluminado solo por cuatro fluorescentes y con un olor perpetuo a gasoil y a óxido. Clark se ocupaba del manejo de la máquina linotípica. Aquel artilugio mecánico se hallaba en el centro del sótano, parecía una máquina de tejer de varios metros de altura, con un pequeño teclado incrustado y un atril de madera a sus pies, donde colocaba el borrador que debía copiar. Sentado en una vieja silla de

oficina, dentro de la máquina, el muchacho pasaba su jornada laboral transcribiendo, letra por letra, los textos que formaban el borrador de aquel día. Cada tecla impulsaba una pieza de metal con un carácter esculpido; así se iba construyendo un molde, a partir del cual la imprenta estamparía los varios cientos de miles de ejemplares que, en muy pocas horas, se estarían repartiendo por la ciudad y el país. El oficio se lo enseñó Charles Morton, un triste hombre de cincuenta y siete años, poco dado al trabajo y supuesto linotipista titular del diario. Así, desde que Clark aprendiera a usar la linotipia, Charles apenas aparecía por la sala de máquinas y se pasaba el día en la garita de vigilancia, jugando al póker con el guarda de la entrada. Desde entonces, todo el Medley Planet pasaba por las manos de Clark, sin que él, en cambio, fuera el autor de una sola de sus palabras.

El proceso de copia siempre lo iniciaba por la última plana, y a partir de ahí iba retrocediendo. Ese día, como tantos otros, en la sección local tuvo que transcribir una noticia que, sin que nadie lo supiera, estaba referida a él. Tecleó tímidamente la "S" mayúscula, después la "U" y los otros treinta y un caracteres que constituían el titular: "SUPERHOMBRE SALVA EL EMPIRE STATE". El artículo lo volvía a firmar Lois Lane. La joven periodista se había especializado en el seguimiento de aquel nuevo ser supremo que cuidaba de la ciudad. Un individuo que conservaba su anonimato cubriéndose, por decirlo así, tras la máscara de una velocidad ultrasónica que le había permitido actuar un centenar de veces sin que nadie pudiera concretar sus rasgos, características físicas o raza. A decir verdad, solo se tenía constancia pública de un centenar de intervenciones; pero, a 29 de julio de 1945, Clark ya contabilizaba 847 acciones.

Al principio —exceptuando su primera intervención, en la que recogió en el aire a Henry Morrison— sus heroicidades fueron

mínimas, casi invisibles. La segunda vez que actuó, por ejemplo, fue para limpiar las vidrieras de un rascacielos, unas ventanas casi inalcanzables para la mano humana, y cuya suciedad estaba a punto de costarle el puesto de trabajo al limpiacristales responsable de aquel edificio. En otra ocasión allanó la calzada de la Quinta Avenida. O apuntaló los techos de una de las líneas del metro, que estaban cerca del derrumbe. Una vez a la semana, empezó a recoger las basuras de los barrios más marginales (como el suyo propio) y las dejaba caer desde el aire en el vertedero municipal. Etcétera. Los ciudadanos asumían que todas aquellas mejoras eran obra del ayuntamiento. De alguna manera quería ayudar, pero a la vez pasar inadvertido. Lo cual, muy pronto volvió a resultarle imposible.

Fue en diciembre de 1943. Clark caminaba de regreso a casa, con la compra, cuando oyó el breve llanto de una mujer anciana, que surgía de una sucursal bancaria ubicada cuatro calles al noroeste. Dejó caer entonces sus bolsas de papel y salió veloz en busca de aquel lamento. Tres atracadores de origen hispano, armados con cuchillos de cocina y el rostro envuelto en medias de señora, tenían retenida a una anciana en la oficina de un banco, donde habían sido sorprendidos por la policía. Los coches patrulla rodeaban la oficina bancaria y una docena de agentes se cubrían tras los vehículos, apuntando sus pistolas hacia la sucursal. Los testigos apenas sintieron la corriente de aire que hizo volar sus sombreros; vieron que la puerta parecía abrirse, como si parpadease; y, de manera automática, los tres atracadores caían repentinamente noqueados. Uno de ellos con una fractura vertebral, que lo dejó parapléjico al instante. Sin comprobar las consecuencias de su paso, regresó al punto de partida, aún a tiempo de recoger sus dos bolsas de la compra antes de que chocaran contra el suelo.

No hubo nadie, absolutamente nadie, que dejara de asociar aquel suceso con la milagrosa y jamás explicada salvación del

cabo Henry Morrison, en su caída mortal desde la azotea del Medley Planet, nueve meses antes.

Aquella intervención fue definitiva. De repente, todos los ciudadanos de Nueva York entendieron que estaban siendo protegidos por alguna mano divina. En las conversaciones cotidianas, los avances de la guerra en el Pacífico quedaron relegados a un segundo plano; ahora la gente especulaba acerca de qué o de quién había podido obrar aquellas dos gestas inexplicables. Y arrastrado por esa recién nacida conciencia colectiva, Clark, lejos de interrumpir sus actos, empezó a intervenir con más frecuencia y menos celo. Ocultando siempre la identidad mediante el uso de su sobrehumana rapidez, evitó un accidente ferroviario cambiando la aguja de las vías en el último instante; rescató a 146 vecinos, 18 gatos y 4 perros, de un incendio que terminó por hundir todo un bloque de viviendas; salvó violaciones y frustró suicidios; apenas atracaron ningún banco a lo largo de todo ese tiempo; y, en general, la delincuencia de la ciudad bajó a niveles nunca antes alcanzados.

Muy pronto, Lois Lane bautizó al anónimo autor de todas aquellas hazañas como "Superhombre", y ese fue el apodo con el que todos empezaron a referirse a esa borrosa mancha humana que aparecía repentinamente si alguien estaba en apuros. Cuando Clark transcribía en la linotipia los borradores de Lois acerca de ese Superhombre, sentía una extraña punzada. Le costaba terriblemente ser fiel al texto de la periodista. En parte, se debía al estilo literario de Lois, muy dado al sentimentalismo y a una adjetivación barroca, redundante y tendenciosa. Pero no era solo por esas desavenencias literarias que el joven linotipista se sentía impulsado a introducir cambios en los textos de Lois Lane. El hecho de ser el protagonista oculto de aquellas noticias ejercía una influencia clave en el trabajo de Clark a la hora de transcribirlas. Así, empezó por mutilar algún adjetivo a la prosa de Lane,

y terminó por cambiarle frases enteras. Solo era consciente de aquellas permutas una vez las había tecleado. Y era justo después, al tomar consciencia, cuando una leve corriente eléctrica le conquistaba toda la médula espinal. Esa efímera sensación le hacía sentir bien; pero, de manera automática, como respuesta a esa fugaz satisfacción, se le anclaba un duradero arrepentimiento en el estómago. Pese a esa mala conciencia posterior, sus intervenciones en los textos de Lois cada vez eran más evidentes. Hasta que, una sola vez, introdujo un dato sobre lo ocurrido que nadie más que él podía conocer. Era una cuestión mínima, pero reveladora. Nadie protestó la permuta, así que Clark se convenció de que Lois conocía aquellas variaciones que de vez en cuando se permitía. Hasta era posible que la chica las hubiera comentado con Perry White, el redactor jefe del diario; en cualquier caso, parecían tolerarlas. Lo cual no alivió su culpa, pero sí que fomentó la temeridad en sus intervenciones.

El texto de Lois que tuvo que copiar aquella madrugada de julio era especialmente extenso: dos planas. La importancia de la noticia así lo justificaba: la mañana del día anterior, el Superhombre había evitado que un bombardero B-52 se estrellara contra el Empire State. Cuando el avión estaba muy cerca de incrustarse contra el rascacielos, el aparato giró 180 grados y voló hasta el aeropuerto de Queens, donde fue posado sobre la pista de aterrizaje. El artículo no daba más detalles de lo ocurrido; ya que, otra vez, todo había sucedido demasiado rápido. El texto se completaba, en cambio, con una interminable retahíla de halagos hacia el hacedor de aquella titánica hazaña. Clark dejó el artículo casi tal cual lo había compuesto Lois Lane, silenciando las circunstancias que él mismo había vivido, por ejemplo cómo había hecho chocar el morro del B-52 contra su torso, la manera en la que había agujerado el metal con sus propias manos para introducir los dedos en el fuselaje y así poder arrastrar el avión, de cómo se había orientado entre la espesa niebla con su visión sobrehumana,

y, finalmente, la extrañeza que le había provocado el comprobar, una vez aterrizado el aparato, que nadie lo pilotaba. Todo eso lo calló, respetando la narración ofrecida por Lois.

Sin embargo, no fue aquella la noticia que más le costó transcribir durante esa madrugada de julio. Cuando estaba a punto de finalizar su jornada, Clark alcanzó el borrador de la primera plana del diario. Toda la primera página quedaba ocupada por un único gran titular y un brevísimo texto, que resultaría crucial en la vida del joven de Kansas. La noticia lo dejó sin aire, la releyó una decena de veces, y después la tecleó con un temblor incontrolable en las manos, componiendo sobre el magazín de la máquina linotípica un texto de letras metálicas que formaban el siguiente mensaje:

SUPERHOMBRE, EE. UU. TE NECESITA

Las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de América te reclaman. La nación está en guerra y necesita tus servicios.

Nuestro honorable presidente Harry S. Truman requiere de tu presencia en las instalaciones del Pentágono el próximo 1 de agosto.

Absolutamente todos los periódicos de tirada nacional incluyeron aquel mismo mensaje en portada. Yo lo leí en el "New York Post". Estaba solo en la barbería, sentado en la butaca de afeitado, con el ejemplar del diario entre las manos, cuando se abrió la puerta y entró Clark. Me llamó la atención que, por primera vez, venía sin su cofre de acero. Desde que lo conociera, el joven me visitaba una vez por semana para que le afeitara y le arreglara el cabello; siempre con su propio instrumental. Si bien

nuestra relación había ganado algo de confianza, hasta aquel día nuestras conversaciones se habían circunscrito al terreno de la cotidianidad más impersonal. Esa mañana, en cambio, se fundó un ritual que después perpetuamos a lo largo de las décadas; desde entonces nos hemos reunido semanalmente, como mártir y confesor. He atendido durante años sus pensamientos, sus actos y sus infortunios; pero, probablemente, aquel día pronunció la revelación más trascendental:

—S-s-s-s-soy yo. El Sup-p-p-p-erhombre soy yo —me dijo.

Y se sentó derrotado en la silla, frente a mí, con el rostro entre las manos. Es extraño, pero confié en su palabra desde el primer instante. Como si yo lo hubiera sabido desde el principio y aquello no fuera más que una confirmación innecesaria. Y de manera inconsciente, seguro que así fue.

—Ni si-si-si-siquiera soy hu-u-u-u-mano —añadió.

—Ya. —Entonces me dirigí a la puerta y di la vuelta al cartel, dando por cerrada la barbería.

—P-p-p-pero mis papaadres, mis papapapapadres adoptivos, temen qqqque alguien descubra nunuestro secccreto. Y con razón.

Empezó hablando atropelladamente, aún más de lo que era habitual en él. Pero según iba narrando su historia, el tartamudeo parecía remitir. Pronto inició una descripción profunda de todas las gestas que había logrado a lo largo de los dos últimos años. Mostró su arrepentimiento. Pero su mayor temor se había materializado esa madrugada, al leer en la prensa el reclamo del ejército. Dijo hallarse en una encrucijada fatal.

—En realidad-d-d-dad, yo no qq-q-q-quiero hacerlo. Eso lo sé. No q-q-quiero hacerlo. Yo no quiero ppertenecer a ningún ejérci-ci-cito. Yo solo q-q-quiero trabajar en un p-p-periódico.

—Ya.

—Es cierto q-q-que... Igual Améri-rica necesita mi ayud-da... Pero no. Sé q-q-q-que no quiero eso. Q-que en esto, nada tiene que ver el bien y el mal.

—¿Entonces?

—Pu-pu-pues q-que hay algo, algo que no co-consigo identificar como propio, una especie de vo-vo-voluntad c-celular. Es co-co-como si mi cuerpo tt-t-tomara el control y dejara de obedecer al alma. —Clark se miró en el espejo, por un momento pareció no reconocerse, y bajó otra vez la mirada.

—Bueno. Tal vez ese también seas tú.

—Pero yo no q-q-quiero dejar de ser este. Este linoti-ti-tipista.

—¿Y si no te presentas pasado mañana...? —sugerí.

—Si no me p-p-presento, sé q-que, de algún modo, tendría que hacer desaparecer esa voluntad de acero que acu-cumula mi sangre. Silenciarla. Para siempre. La gente odiaría a ese co-cobarde Superhombre. Tendría q-q-que desaparecer.

—¿Y eso no lo quieres?

—Eso... eso no sé si lo pu-pu-puedo hacer. Desde que emp-p-pecé, no he logrado estar tres días seguidos sin... —Volvió a contemplar su reflejo. Vi cómo le temblaban las manos.

Pasamos varios minutos en silencio. Tenía sus manos sobre los muslos, y seguían temblándole, como a punto de estallar.

—No sé si sabes que Claudia, tu vecino, es actriz —le dije.

—Sí. Justo hoy la fui a ver ac-c-c-c-ctuar. Fue muy interesante.

—Bueno, lo decía... porque ella, él... es muchas personas, ¿no?

—Entiendo...

—Tú solo necesitas ser dos.

Se miró las manos y articuló sus fuertes dedos. Yo continué:

—Ya tienes un nombre público. El país ya te bautizó.

—Sí.

—Pues acude a la llamada, preséntate bajo ese nombre. Deja que allí solo acuda esa parte interior que sí quiere ir.

—T-t-tal vez... Pero la prensa... Me reconocería todo el mundo.

—Eso tiene solución.

Me levanté y me embadurné las manos con brillantina. Entonces le humedecí con la gomina todo su cabello, suavemente ondulado, y se lo peiné para atrás. Un pequeño mechón se resistió, cayendo hacia delante; intenté repeinarlo, pero volvió a caer. El mechón, fino y moreno, dibujaba una "ese" sobre la frente de Clark. Decidí dejarlo tal cual.

—Mírate. Pareces otro.

—¿Tú c-crees? —Se miró fijamente en su reflejo, el gesto, ciertamente, era distinto.

Pasó varios minutos así. Contemplándose. Aguantando su propia mirada. Respirando profundamente. El ventilador giraba sobre nuestras cabezas, con lentitud. Era un día especialmente caluroso, yo seguía de pie y empecé a notar el sudor resbalando por mi espalda; él aún vestía el mono de trabajo azul, pero no sudaba. Sobre la mesita auxiliar estaba el periódico con aquel titular gigante. Tras el silencio, el primero en hablar fui yo:

—Igual, también deberías buscar otra ropa, algo que se aleje de tu indumentaria habitual.

—Sí, está claro. Si al final colaboro con el ejército —las manos habían dejado de temblarle; sus ojos marinos se clavaron en el cilindro publicitario del escaparate de la barbería— necesitaré un uniforme de guerra.

Muchas gracias por todo, Rogelio.

Medley Planet

Domingo, 29 de julio de 1945

Superhombre salva el Empire State

Nuestro héroe anónimo evita una catástrofe aérea

Lois Lane. La mañana de ayer sábado era una mañana tranquila y pacífica en Manhattan. Aunque una niebla espesa tapaba el cielo, los ciudadanos empezaban a disfrutar del típico fin de semana de verano. Acudían a pasear al Central Park o incluso a Coney Island para entretener a los más pequeños. [...] Los transeúntes pudieron oír un estruendoso ruido proveniente del cielo encapotado. Nadie, excepto uno de nosotros, podía saber qué era aquel trueno volador. [...] Ya a la vista de todos, el B-52 se dirigía fatalmente hacia el emblemático edificio ubicado en la 5ª Avenida. Repentinamente, cuando el morro del avión se hallaba a unos centímetros de las ventanas del Empire State Building, el aparato frenó en seco. El bombardero se quedó parado, flotando en el aire como un ángel de la muerte metalizado. Una silueta humana parecía sujetarlo, abrazado a él. La gente estalló en vítores, los caballeros lanzaron sus sombreros al aire y sus esposas ahogaron un suspiro de admiración hacia un total desconocido. [...] Parece no tener límite el poder de ese Superhombre anónimo. Cada una de sus hazañas hace sombra a la anterior, convirtiendo sus gestas pasadas en meras anécdotas. [...] Tal vez nos sea dado, algún día, conocer la identidad de ese maravilloso hombre que nos custodia como un bondadoso dios mitológico.

New York Times.

LATE CITY EDITION

Section 1

Copyright, 1945, by The New York Times Company.

NEW YORK, SUNDAY, JULY 29, 1945.

TEN CENTS

BOMBER HITS EMPIRE STATE BUILDING, SETTING IT AFIRE AT THE 79TH FLOOR; 13 DEAD, 26 HURT; WIDE AREA ROCKED

CRIPPLED WARSHIPS OF JAPANESE NAVY SMASHED BY FLIERS

2 Battleships and 3 Cruisers Set Afire in Saturday Strike by the Third Fleet

HYUGA IS FOUND SUNK

Returning U. S. Pilots Report Waters Off Kure Strewn With Burning Vessels

By Wireless to The New York Times

GUAM, Sunday, July 29.—Two Japanese battleships, the Haruna and Ise, and three cruisers were set afire and a third battleship, the Hyuga, which was heavily damaged on Tuesday, was found to be resting on the bottom at her anchorage as United States Third Fleet carrier planes struck heavily Saturday at crippled remnants of the Japanese Navy in the Inland Sea.

An aircraft carrier also was further damaged.

Fleet Admiral Chester W. Nimitz today announced the results of the strike, which were incomplete. No reports had yet been received from British carrier pilots, who also participated.

Enemy Air Opposition Sporadic

The enemy's air opposition was sporadic, with American fighters shooting down one Japanese plane near Task Force 38, another eighteen near the target areas and destroying seventy-five on the ground. Fifty-six other parked enemy aircraft were damaged.

[Pilots returning from the Saturday strike reported waters off the Kure naval base littered with burning ships, and fleet dispatches said every major Japanese warship was believed to have been put out of action for the duration of the war. The Tokio Press stated.]

The Third Fleet assault was directed at Japanese shipping between the once great ports of Kobe and Kure.

Pilots reported that the Hyuga, a modernized battleship with carrier type runway aft permitting it to handle aircraft, was on the bottom, water lapping over her main deck amidships.

It was disclosed also that Saturday's aerial assault, resulted in the sinking of three submarines, presumably in dry dock, and damage to four destroyers, two destroyer escorts, two medium-size freighter transports, three small cargo ships and an unidentified vessel.

Five Warships Left Burning

Whether these ships were among those damaged in the Tuesday attack, which battered twenty-three warships, was not revealed. However, it is definite that yesterday's attack further damaged six warships hit on Tuesday, the battleships Haruna and Ise, the cruisers Tone, Aoba and Oyodo and the escort carrier Kaiyo. All of these ships except the carrier were left burning in the latest assault.

Thus it seems that Admiral Halsey is well along toward his objective—the neutralization of Japan's remaining naval warships in order to provide a thoroughly clear field for future amphibious

Continued on Page 4, Column 1

WHERE BOMBER CRASHED INTO EMPIRE STATE BUILDING

Hole torn between seventy-eighth and seventy-ninth floors The New York Times (by Kent)

B-29'S FIRE 6 CITIES IN PROMISED BLOWS

Oil Refinery Target on Honshu Added to List LeMay Gave Japanese in Advance

By Wireless to The New York Times

GUAM, Sunday, July 29.—The Twentieth Air Force early today bombed six out of eleven Japanese cities that hardly twenty-four hours previously had been told that they were on a list of enemy communities marked for aerial destruction by Superfortresses.

Seven task forces of the B-29 bombers, totaling 550 to 600 planes, dropped more than 3,500 tons of incendiaries on the six industrial centers situated from Shizuoka in the south to northern Honshu and demolition bombs on an oil refinery near Osaka.

[Gen. Douglas MacArthur reported Okinawa-based Army planes had sunk enemy shipping in Japan's Inland Sea area. He disclosed that our new B-32 super-bomber has been in action since May against the foe on Formosa and along the China coast.]

One of the B-29 task forces, sent

Continued on Page 4, Column 1

Catholic War Relief Office Is Chief Victim of Tragedy

By LARRY REXNER

An agency that has been in the vanguard of supplying aid and comfort to thousands of homeless and destitute persons in the war zones became yesterday, through one of those curious quirks of fate, the victim of the worst local tragedy of the war. The point of greatest impact of the low-flying bomber that crashed into the Empire State Building was at the seventy-ninth floor, where the principal tenant was the War Relief Services of the National Catholic Welfare Conference.

Throughout the war years, this agency has sent many field representatives into the lands laid waste by war to work with other relief and welfare agencies in helping war victims.

And only yesterday, as the bomber struck and destroyed their office, the reduced Saturday staff of workers was busily engaged in arranging the final details of a trip to Europe on Tuesday of two of their principal [illegible].

Only five of an estimated working staff of fifteen to twenty persons in the office, including men and women, were known to have escaped the flames that swept the 79th floor as the gasoline of the crashing plane exploded.

W. Paul Dearing, correspondent here for The Buffalo Courier-Express and publicity director of the War Relief Services for the last year, either jumped or was blown from his seventy-ninth-floor office to his death on a ledge on the sev-

Continued on Page 25, Column 3

SURVIVOR LIKENS CRASH TO A QUAKE

Building Moved Twice, Then Settled, Says Occupant Who Felt Shocks in China

By ALEXANDER FEINBERG

The towering Empire State Building that is a city of 102 stories, reaching 1,250 feet high, "moved" twice yesterday when struck by the bomber and then it "settled."

That was a dread moment for one who had felt that double movement and the settling many times before.

Recently returned from China after twenty-seven years, the man who told of his sensations when the B-25 struck said the impact was probably that of an earthquake, to which he is no stranger. Preferring not to give his name, he said he was in an office on the sixty-eighth floor of the building when he felt the double "move-

Continued on Page 25, Column 3

B-25 CRASHES IN FOG

Hole 18 by 20 Feet Torn Through North Wall by Terrific Impact

BLAZING 'GAS' SCATTERE

Flames Put Out in 40-Minu Fight—2 Women Survive Fall in Elevator

By FRANK ADAMS

A twin-engined B-25 Ar bomber, lost in a blinding f crashed into the Empire St Building at a point 915 feet ab the street level at 9:40 A. M. y terday. Thirteen persons, incl ing the three occupants of plane and ten persons at w within the building, were ki in the catastrophe and twenty were injured.

Although the crash and the that followed wrecked most of seventy-eighth and seventy-ninth floors of the structure, cau damage estimated at $500 Lieut. Gen. Hugh A. Drum, pr dent of the Empire State, Corporation, said last night. an inspection by the city's b ing department and by other gineers and architects showed the structural soundness of building had not been impair

Landing Advice Disregarde

The plane, en route from ford, Mass., to Newark on a c country mission, had flown La Guardia Field a few mi before the crash, and ta Lieut. Col. William F. Smit deputy commander of the Bomber Group and recently rated for his service overseas advised by the control tow land. Instead he asked fo weather at Newark Airport headed in that direction.

Horror-stricken occupants building, alarmed by the r engines, ran to the windows time to see the plane loom the gray mists that swath upper floors of the world's office building. The plan banked at an angle of about Degrees as Colonel Smith sa to a curve out of the north

It crashed with a terrifyi part midway along the n Thirty-fourth Street wall building. Its wings were c off by the impact, but the and fuselage ripped a hole e feet wide and twenty feet the outer wall of the s eighth and seventy-ninth fl the structure.

Brilliant orange flames high as the observatory eighty-sixth floor of the 1,050 feet above Fifth Av the gasoline tanks of the p ploded. For a moment w in the street below saw th clearly illuminated by th Then it disappeared again mark and the smoke of the plane.

Motor Hits Another Bu

One of the plane's tw hurtled clear across the eighth floor, tore a hole south wall of the buildi plummeted to the roof twelve-story office buildi

War News Summarized

SUNDAY, JULY 29, 1945

The United States Senate ratified, 89 to 2, the United Nations proclamation. (4:5.)

made possible by the Potsdam

Red Cross and Hospital Groups